

Tolerancia y gestión del conflicto intercultural

Por Josep Maria Terricabras

Quienes hacemos hoy esta reflexión en Girona, nos hallamos en una sociedad que está a punto de coronar una larguísima historia, mezcla de cultura pre-cristiana y de dos milenios de influencia cristiana, influencia que ha sido penetrante pero desigual; a partir de la experiencia histórica acumulada por esta sociedad, que quiere ser plural y democrática, crítica y culta, dos cosas parecen obvias: en primer lugar, que la tolerancia ya es un valor teóricamente aceptado por todos, aunque en la práctica no resulte todavía suficientemente asumido por la totalidad de los conciudadanos; en segundo lugar, que estamos asentados sobre antiquísimos conflictos (sociales, religiosos, ideológicos, económicos, institucionales, en suma, culturales), que debemos, cuando menos, gestionar, para que no nos estallen en las manos incivilizadamente.

Resulta, pues, cierto que en la sociedad real en la que vivimos no basta con la tolerancia, puesto que ella convive (mal viviendo) con conflictos irresueltos, algunos de los cuales parecen, a la corta, irresolubles. Digo que no basta con la tolerancia porque ya hemos advertido que la tolerancia, además de ser ella misma una virtud -si se quiere, una estrategia- de resolución de conflictos -religiosos, políticos, ideológicos-, puede ser también un nuevo foco de conflictos y de problemas. (Nos hallamos ante graves problemas de aplicación de la actitud tolerante: ¿cuándo hay que ser tolerante? ¿Y por qué hay que serlo?)

A menudo, lo somos por principio; en ocasiones, quizás -como quien dice- por cortesía moral. Pero, ¿por qué debo ser cortés yo? O ¿por qué debo serlo siempre yo? ¿Por qué no puedo pedir, por qué no debo incluso exigir que, en ocasiones, sean cortésmente tolerantes los demás?) La contemplación de la situación actual me induce a enumerar algunos puntos para una ulterior reflexión:

1. La idea actual de que hay que gestionar incluso la tolerancia, porque se deben gestionar los conflictos, es, en el fondo, una idea antigua con nuevo ropaje. Hoy se prefiere la "gestión", porque el mundo occidental -innecesario añadir "capitalista"- ha ido asumiendo aires gerenciales, pretendidamente objetivos y técnicos, como si el mundo entero fuese una gran empresa que se puede gestionar. Pero, desde siempre se ha sabido que hay una frontera -a menudo difícilmente salvable- entre los principios, doctrinas e ideas por una parte, y los hechos, fenómenos y experiencias por otra. En este sentido, siempre hay que aplicar los principios a la realidad o, si se quiere, siempre hay que ver hasta qué punto los principios responden a la realidad o a nuestros deseos de realidad.

Esto es lo primero -no lo único- que hay que hacer cuando se quieren gestionar la realidad y sus conflictos: aceptar el principio de realidad, es decir, aceptar que el principio que guiará nuestra reflexión será precisamente el análisis de la realidad.

2. Según este principio sabemos que los conceptos no salvan. La salvación no se halla en los conceptos sino, en todo caso, en la misma realidad, que de realidad condenada pueda pasar a ser realidad liberada. Los conceptos sólo pueden ayudarnos a esto, y

sólo lo harán si somos capaces de aplicarlos en cada caso. Porque ninguno de ellos tiene ya sentido o valor en sí mismo, sino que sólo lo tiene en la función liberadora que ejerce cuando nos ayuda a examinar la realidad. (En este sentido, no hay conceptos buenos ni conceptos malos, y desde luego no los hay esencialmente y para siempre buenos o malos, como quien dice, eternamente, ahistóricamente).

3. Lo que acabo de decir se aplica también a un concepto de tanto prestigio y eco como el de "tolerancia". Qué significa "tolerancia", cuándo hay que ser tolerante, cómo hay que serlo, son preguntas que no podemos responder de una vez por todas, sino que precisan la máxima aplicación, la mayor atención, porque sólo pueden hallar respuesta en el análisis de una realidad como la nuestra, que mezcla la tolerancia, con la intolerancia y con la perplejidad. Se precisa, pues, trabajar por una tolerancia activa, por una tolerancia que no sea mera aceptación pasiva de lo que sea, de lo que se nos venga encima, sino que sea el resultado de la elaboración de las experiencias y de los conflictos. Véamoslo con un poco más de detalle.

4. Para reflexionar adecuadamente sobre la importancia y el sentido que podría tener la tolerancia entre nosotros, necesito crear el neologismo atolerancia. Me ayudará a distinguir entre la persona tolerante, la intolerante y la atolerante, y tendré así una nueva tríada en el pequeño grupo de tríadas de que disponemos para distinguir el caso positivo, del caso negativo y del indefinido; así es como se distingue, por ejemplo, entre moral, inmoral y amoral, entre lógico, ilógico y alógico, entre legal, ilegal y alegal, o entre político, impolítico y apolítico.

En ese mismo sentido, quisiera distinguir entre tolerante (que está dispuesto a admitir en los demás una manera de pensar, de obrar, de ser, diferente a la propia), intolerante (falta de tolerancia, en tanto que no dispuesto a admitir en los demás una manera de pensar, de obrar, de ser, diferente a la propia) y atolerante (falta de tolerancia, en tanto que ni tolerante ni intolerante, porque prescinde de la tolerancia, está alejado de la tolerancia y es indiferente a ella).

Me interesa la introducción de este término porque no pretendo fijarme ahora en los actos de intolerancia (xenofobia, sectarismo, etc.) que, por ser demasiado evidentes, demasiado groseros, todos acabamos condenando, incluso algunos que, en ocasiones los cometen. Quiero fijarme, en cambio, en la atolerancia, que pasa bastante más desapercibida, pero que resulta, en conjunto, tanto o más peligrosa que la intolerancia. Porque la atolerancia es la carencia de tolerancia i de intolerancia positivas, es la indiferencia respecto a la diferencia y a la diversidad de los demás, es la insipidez social.

Cuando se examina o se discute si, entre nosotros, hay mucha o poca tolerancia, pienso que debería tenerse en cuenta que, aunque no haya demasiada intolerancia - siempre excesiva, por poca que haya-, o aunque haya menos intolerancia que en otros países -me refiero a menos manifestaciones expresas, positivas, de intolerancia-, eso no significa, en cambio, que no haya mucha atolerancia, quizás mucha más que en otras latitudes.

Ahora bien, ¿es cierto que hay intolerancia entre nosotros, o sólo lo parece? Lamentablemente, se da mucha indiferencia hacia las diferencias, se da mucha ignorancia de la diversidad, se da mucho desinterés por los intereses de los demás, se da, en definitiva, mucha insolidaridad humana y social. Y todo esto configura lo que he llamado "atolerancia". Desde luego, no basta con constatarla o detectarla. Deberíamos reflexionar también un poco sobre sus causas, y sobre las condiciones que la hacen

posible. Porque si supiésemos de verdad dónde nace y cómo se alimenta, quizás podríamos poner límites a su extensión y prevenir mejor sus destructores efectos.

Aquí sólo puedo proponer, de modo tentativo, una hipótesis de explicación de la extensión de la atolerancia entre nosotros. Porque sospecho que la atolerancia -la indiferencia respecto a la virtud de la tolerancia activa- se sostiene sobre, como mínimo, tres pies que la hacen posible y la enaltecen. Esos tres pies son:

a) Nos hemos acostumbrado a no decir nada, a no defender opiniones y a no proclamar convicciones. Si hay, pues, atolerancia se debe, en buena parte, a la poca afirmación de tesis propias y, por tanto, al poco aguante de las propias contradicciones, a la poca necesidad de reflexión, de defensa, de matiz, de diferencia y de autocrítica.

La falta de planteamientos personales fomenta la falta de interés por los planteamientos y opciones de los demás.

b) Nos hemos acostumbrado a ser indiferentes, a ser insolidarios con las preocupaciones y los intereses de los demás. Si hay, pues, atolerancia se debe, en buena parte, precisamente a la confusión reinante entre respeto e indiferencia: decimos que respetamos las opiniones y las opciones de los demás cuando, de hecho, las ignoramos. La permisividad acrítica que a menudo se fomenta y se aplaude no es signo de tolerancia sino más bien de atolerancia, porque, aunque todo estuviese permitido -cosa que, evidentemente, no sucede-, aún en ese supuesto deberíamos preguntarnos si todo es conveniente, si todo es enriquecedor, y qué clima social y moral crea esa permisividad.

La falta de interés por los demás fomenta el desconocimiento y el desinterés por su riqueza y por su diferencia.

c) Nos hemos acostumbrado a no exponer ni contraponer racionalmente las diferencias. Quizás algunos piensen que es mejor ser tolerante para evitar tiranteces, discusiones y fricciones. Ahora bien, quienes sólo defienden la tolerancia para evitar males peores, tienen de ella una visión negativa y mezquina. ¿O no han advertido que todos debemos hacernos cada día más humanos y que no podemos hacerlo sin poner en común la riqueza de nuestras diferencias? Si hay, pues, atolerancia es, en buena parte, porque, al no estar acostumbrados a hacer debates rigurosos, a defender los propios argumentos y a ver la debilidad de los argumentos de los demás, también se pierde la capacidad de tener paciencia con las posiciones que resulten ajenas, se pierde la capacidad de respetarlas, de convivir con ellas, de aprender a considerarlas e, incluso, la capacidad de apreciarlas.

Quizás ahora se pueda ver mejor por qué la atolerancia me parece una característica clave de nuestra sociedad atónica y atomizada, de una sociedad que respeta poco la diferencia porque respeta poco los seres humanos. Aunque casi siempre planteemos los problemas de la tolerancia mirando, al menos de reojo, hacia grupos venidos de otros territorios o de contextos culturales muy distintos a los nuestros, no debemos olvidar que es también en casa -mucho antes de la llegada de otros grupos- donde se juegan hoy el presente y el futuro de la tolerancia.

El diálogo debe ser abierto, franco, sin trabas, respetuoso con los ritmos posibles y con los resultados a los que efectivamente se vaya llegando en cada caso. Este tipo de diálogo es aún poco practicado entre nosotros. De ahí que uno de los capítulos más importantes para hacer avanzar un urgentísimo diálogo intercultural consista en avanzar nosotros mismos en el diálogo intracultural, es decir, en el diálogo de las

diferencias y de las semejanzas que, con formas y matices infinitos, van creando un riquísimo entramado de relaciones entre nosotros.

En realidad, la diferencia no es un derecho teórico que haya que reclamar. Si no atendemos a los eslogans, a las presiones del poder y a los deseos oficiales, la diferencia es la única realidad existente. La unidad y la identidad son el ideal propuesto por el poder de turno para poder identificar mejor a los sujetos. Pero no son algo existente. En todo caso, sólo existen cuando nosotros nos creemos la propaganda oficial y actuamos como si existiesen. Ahora bien, si es cierto que no existen, tampoco puede, entonces, hacernos tener mala conciencia la experiencia personal y colectiva de la diferencia.

Las personas realmente sensibles no sólo captan la diversidad personal y cultural, sino que están también atentas a las diferencias sociales y económicas. A menudo las injusticias flagrantes nos empujan a reclamar un trato más justo e igualitario para con todos, porque -decimos- "todos los humanos somos iguales". Me temo que, al decir esto, sólo decimos media verdad. Lo cierto y obvio no es sólo que todos los humanos somos diferentes, sino también que vivimos con graves desigualdades, particularmente en cuanto a cultura y posibilidades sociales.

De ahí que la reivindicación de la justicia y de la igualdad deba venir siempre después de reconocer la diferencia porque, de lo contrario, estamos proyectando, de buena fe, un mundo sobre bases falsas. Si todos los humanos fuésemos iguales, la reivindicación de ser tratados como tales no sería más que una recomendación protocolaria. Pero los humanos no somos iguales: los unos tienen más, saben más y viven más y mejor porque pueden más que los otros. Y hay otros que quizás saben más, tienen más y viven mejor, porque pueden más en otros aspectos.

Pero siempre hay algunos -la mayoría- que tienen muy poco y que viven muy poco porque pueden muy poco. Lo que se precisa, pues, no es tratar a los humanos como iguales cuando no lo son, sino tratarlos de manera que puedan llegar a tutearse entre sí. Se trata de conseguir, en definitiva, que todos lleguen a tener posibilidades semejantes -un poder semejante-, en el tener, en el saber y en el vivir. Y esto sólo es posible si se es capaz de eliminar las desigualdades sin eliminar las diferencias.

Porque el camino que lleva a la justicia es el que aborrece la desigualdad pero conoce y valora la diferencia. Si los pobres en un aspecto pueden ser ricos y poderosos en otro, es porque las riquezas y las necesidades están mezcladas. Sólo el diálogo y la cooperación entre personas diferentes puede ayudar a conseguir que esas personas se hallen cada día en situaciones menos desiguales. Podríamos, pues, decir que la justicia es un ideal de igualdad entre los humanos que sólo se puede conseguir con el intercambio de las riquezas, debilidades y posibilidades que todos tenemos al alcance.

Pero, ¿cómo conseguir esto sin fomentar la tolerancia, es decir, sin fomentar el respeto por la diversidad y, por tanto, sin reconocer las posibilidades y los límites del ejercicio de la tolerancia? Lamentablemente, muy a menudo se confunde la tolerancia con la indiferencia o con la que aquí he llamado atolerancia ("que todos hagan lo que quieran, a mí me da igual"). No deberían confundirse, porque la tolerancia es siempre una actitud positiva, activa, de interés y de respeto hacia los demás, actitud respetuosa y crítica que debe ser fomentada no sólo desde la familia y la escuela, sino también desde asociaciones, grupos y entidades de todo tipo.

Su objetivo debe ser doble: predicar el respeto, es decir el diálogo crítico, y a la vez

practicarlo. Ciertamente, sólo fomentaremos la tolerancia si trabajamos juntos para que los conciudadanos sean cada día más libres, más creativos, más responsables, y no sólo para que sean más impulsivos, más inconscientes, más descontrolados. Debemos, pues, contribuir a erradicar la desigualdad respetando la diferencia. Porque sólo la diferencia personaliza, y sólo la igualdad dignifica.

5. Son estas consideraciones las que me llevan a afirmar que quizás debamos aceptar como auténtico principio moral la máxima siguiente: "procura que ninguna diferencia cree desigualdad. No seas ni uniformista ni indiferente". La igualdad se debe plantear, pues, como la meta que se debe alcanzar sin prescindir de las diferencias. La igualdad -al contrario de la uniformidad- sólo se alcanza en la diferencia. Evidentemente, al defender esto, nos estamos oponiendo al mismo tiempo a que el respeto por la diferencia sea utilizado como excusa para la desigualdad. Y esto quiere decir:

a) Que no debemos perseguir una igualdad formal o aparente, sino de fondo, es decir, en el poder real que se tiene (en lo que se puede hacer, en el presente y para el futuro).

b) Que el nivel de igualdad o de desigualdad social viene dado siempre por parámetros históricos concretos, que se reflejan en el tipo de sociedad en la que se vive y, por tanto, en la sociedad de acogida cuando se producen movimientos migratorios. Eso es lo que ayuda a entender que, al servicio de la igualdad social, se acepte un cierto grado de coerción, de obligatoriedad concreta (educación y sanidad como los dos mejores ejemplos).

c) Que diferencia e igualdad deben entenderse como conceptos regulativos, esto es, siempre revisables, pero nunca ya definitivamente establecidos y fijados. No podemos tener ni una visión eterna de la sociedad y de las culturas, ni tampoco de los objetivos y metas que perseguimos.

6. Como he insinuado antes, deberemos aceptar que hay conflictos que nos parecen irresolubles. Deberemos aprender también a vivir con el conflicto: no sólo con la gestión del conflicto, sino -si se permite la expresión- con la indigestión del conflicto. Mientras la indigestión, claro está, no conduzca a la destrucción social. Me refiero sólo a la necesaria paciencia que requiere cualquier conflicto, y a la tremenda paciencia histórica que requiere un conflicto intercultural. Si hablamos de historias paralelas de cientos y miles de años, no podemos pensar que estas historias vayan a converger tranquilamente en pocos años. Habrá que ser, pues, activo -no sólo a nivel personal, sino también a nivel colectivo e institucional-, pero habrá que tener también paciencia. El ejercicio de la paciencia, de la aceptación colectiva de la imposibilidad de resolver un determinado conflicto podría ser una nueva forma de tolerancia provisional que ayudara precisamente a encaminar la solución posterior del problema.

Así como la tolerancia no es indiferencia, tampoco la paciencia no es resignación. Si la tolerancia es respeto, la paciencia es, a menudo, no sólo expresión de impotencia sino también de silencio reflexivo y, por qué no, de autocrítica por parte de todos, mientras se prepara una nueva oportunidad de diálogo y entendimiento.

Extraído de Sappiens.com

http://www.sappiens.com/castellano/articulos.nsf/Solidaridad/Tolerancia_y_gestión_del_conflicto_intercultural/A97C040CF605681E002569C8004B253D!opendocument